

érase una
MUJER

Prólogo de
Florence Thomas

Escrito por
Vera Carvajal

Ilustrado por
Lizardo Carvajal



Érase una mujer

ISBN: 978-958-52681-9-7

4ª edición, agosto de 2020, 2000 ejemplares

2ª reimpresión de la 3ª edición, febrero de 2019, 2000 ejemplares

1ª reimpresión de la 3ª edición, enero de 2017, 1500 ejemplares

3ª edición, octubre de 2016, 1000 ejemplares

2ª edición, mayo de 2015, 2700 ejemplares

1ª edición, marzo de 2015, 1000 ejemplares

© 2015 Luabooks SAS

www.luabooks.com

Bogotá D.C., Colombia

Textos: Vera Carvajal

Ilustraciones: Lizardo Carvajal

Dirección editorial: María Luisa Marmolejo

Corrección de estilo: Melisa Restrepo Molina, Mario Carvajal, Karol Nieto.

Diagramación: Daniel Millán

Coordinación administrativa: Julieta Montaña.

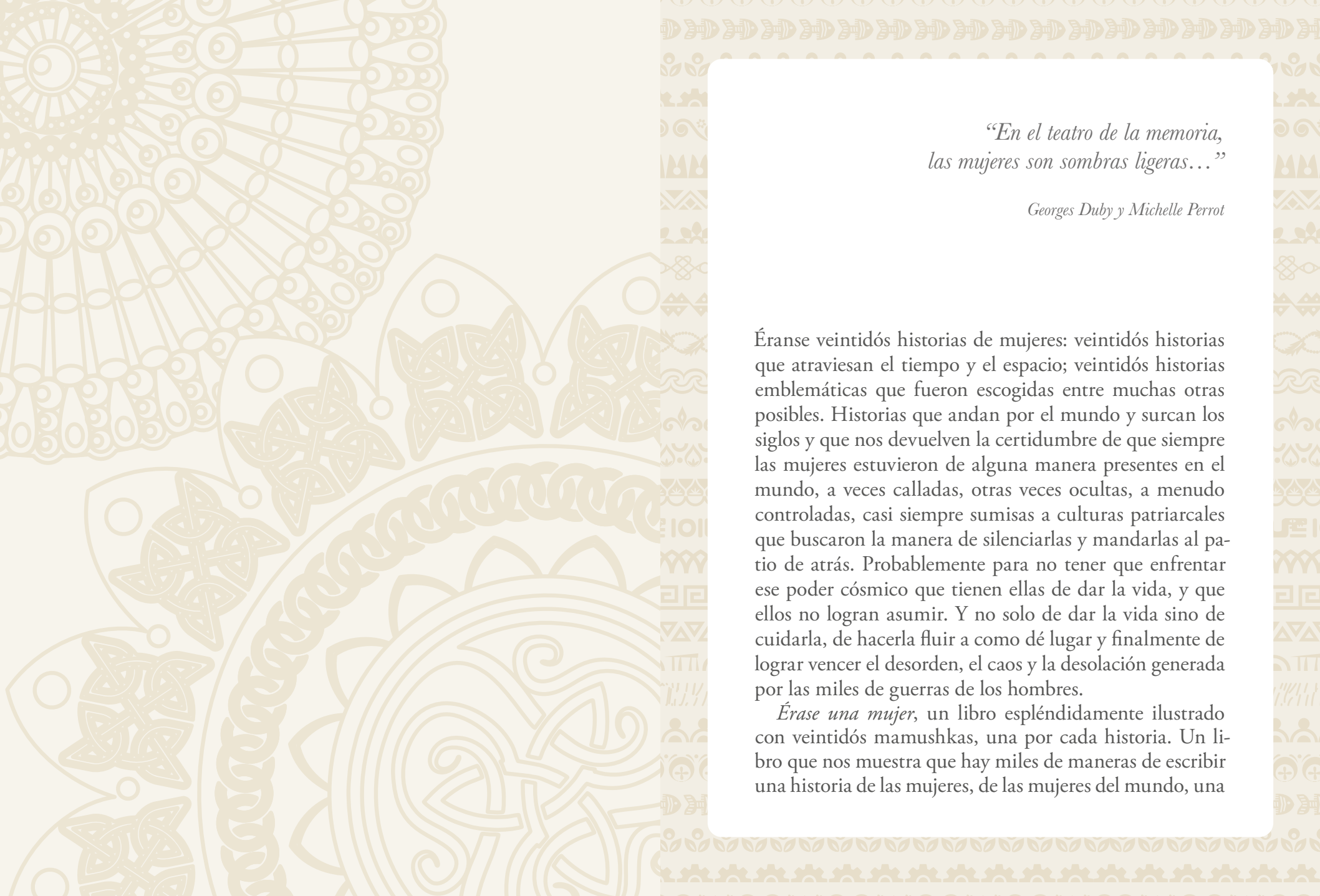
Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso del Editor.

Impreso por Multi-impresos S.A.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Érase una **MUJER**

LuaBooks® 



*“En el teatro de la memoria,
las mujeres son sombras ligeras...”*

Georges Duby y Michelle Perrot

Éranse veintidós historias de mujeres: veintidós historias que atraviesan el tiempo y el espacio; veintidós historias emblemáticas que fueron escogidas entre muchas otras posibles. Historias que andan por el mundo y surcan los siglos y que nos devuelven la certidumbre de que siempre las mujeres estuvieron de alguna manera presentes en el mundo, a veces calladas, otras veces ocultas, a menudo controladas, casi siempre sumisas a culturas patriarcales que buscaron la manera de silenciarlas y mandarlas al patio de atrás. Probablemente para no tener que enfrentar ese poder cósmico que tienen ellas de dar la vida, y que ellos no logran asumir. Y no solo de dar la vida sino de cuidarla, de hacerla fluir a como dé lugar y finalmente de lograr vencer el desorden, el caos y la desolación generada por las miles de guerras de los hombres.

Érase una mujer, un libro espléndidamente ilustrado con veintidós mamushkas, una por cada historia. Un libro que nos muestra que hay miles de maneras de escribir una historia de las mujeres, de las mujeres del mundo, una

historia que nos recuerda su fantástica soberanía —destinadas tradicionalmente a la soledad de la reproducción materna— cuando se atreven a enfrentar un mundo hostil y nunca pensado para ellas, cuando resuelven tomar la palabra, empujar la puerta de sus castillos para huir de la sombra de lo doméstico, usar la extraña magia de su piel olorosa, volver lo imposible posible o revivir una memoria que no se puede perder, a veces inventándose pociones que trastornan a los hombres, pero siempre para recordarnos que ese mundo es mixto, es plural y que la humanidad sin ellas hubiera naufragado inexorablemente.

Hoy, y después de siglos de silencio, existen múltiples historias de las mujeres. Sin embargo, ese largo silencio indica que la pregunta de saber si su historia tenía algo de interesante carecía de sentido y ni siquiera se planteaba. Además, ¿qué se podía saber de las mujeres y a quién le interesaba escucharlas cuando manifestaban tener algo que decir? Recordemos que las mujeres, con algunas excepciones que justamente son las que se recogen en *Érase una mujer*, no tenían ni cuerpo ni palabra. Ya nos lo había dicho Georges Duby, ese gran historiador que trató de encontrar algunas de ellas en los tiempos de las catedrales, cuando nos prevenía que teníamos que resignarnos, pues lo único que pudimos captar de lo femenino durante mucho tiempo fue solo a través de la mirada de los hombres. No obstante, y a medida que algunas lograron tener acceso al saber, las más cultas se atrevieron a escribir, arriesgando a veces sus vidas, pues efectivamente *Las mujeres*

que escriben también son peligrosas, como nos lo recuerda el título de un bello libro que descubre la vida de mujeres sabias, cultas y escritoras, a lo largo de muchos siglos; mujeres a menudo desconocidas para el gran público e incluso amordazadas en la mayoría de los manuales o compendios de literatura universal.

En ese sentido, *Érase una mujer* tiene la particularidad de presentarnos la historia de veintidós mujeres, desde las cuatro esquinas del mundo, quienes reafirman con valentía y una fuerza y sabiduría inusitadas, un amor a la vida que toca a la locura; tal vez lo que llamamos hoy una ética del cuidado de la vida. Ahí, encontramos las transgresoras de los edictos y mandatos de una cultura patriarcal en relación con el deber ser de las mujeres; encontramos las eternas víctimas de las miles de guerras generadas por la devastadora locura de los hombres; las madres y abuelas que no logran perder la esperanza de volver a abrazar a sus hijos o nietos desaparecidos; las valientes revolucionarias de muchas revoluciones; las que no dudaron en reclamar pan y rosas para obtener mejores condiciones de trabajo en las fábricas; otras, más sabias que los sabios, quienes conocieron los misterios del universo y sus estrellas; las brujas quienes por usurpar un poder que no les pertenecía terminaban en la hoguera y, en fin, desde nuestra primera hermana *australopithecus*, Lucy, todo el texto es un homenaje a las mujeres, a todas las mujeres que creyeron en un mejor mundo posible para todas y

todos. Por algo la tierra se nombra a menudo como tierra madre y no puede ser sino femenina.

Ojalá este libro se convierta en un texto escolar para bachillerato, un texto que permita investigar cada vez más el tema de la participación de las mujeres; una participación difícil de discernir o de comprender si uno solo se queda en sus palabras. Tal vez en sus silencios y en lo que no lograban decir, está la clave.

Florence Thomas
Bogotá, febrero 2015





Estados Unidos p. 27 p. 35



México p. 87



Colombia p. 17



Perú p. 55



Argentina p. 23

España p. 93



Francia p. 43



Nigeria p. 111

Etiopía p. 117



Kenia p. 39



Noruega p. 63



Grecia p. 99



Egipto p. 105



Siria p. 69



Irak p. 81



Turquía p. 13 p. 59



Rusia p. 31

China p. 49



India p. 75





La rebelión de las risas



Érase una mujer de sonrisa luminosa.

El tirano creyó ver entre las líneas de algún libro sagrado que la risa de las mujeres ofendía a toda la creación. No dudó por lo tanto, ni un momento, en emitir un mandato supremo en el que prohibía reír a todas las mujeres que habitaban su reino.

—Seré benigno —dijo a todos—: podrán reír en privado, donde no puedan alterar la recta moralidad. Pero si son vistas, escuchadas o hay sospechas de que ríen en público, tendrán un castigo ejemplar.

Las mujeres se miraron entre sí y aguantaron la respiración por un segundo. Sonrieron y después, sin que nadie pudiera impedirlo, rieron. No solo rieron, se carcajearon:

—*Kahkaha, kehkehe, kihkihi, kohkoho, kuhkuhu.*

Fue tanta y tan sonora, que a la risa cantarina de las mujeres se unieron las risas de los girasoles y de las sandías, de las campanas y de las palomas, que se encargaron de transmitir a todos las últimas noticias.

—La risa ha sido prohibida por el tirano: *kahkaha, kehkehe, kihkihi, kohkoho, kuhkuhu* —era la respuesta en todo el reino.

Como es bien sabido, la risa es altamente contagiosa, así que ya no solo reían mujeres, sandías, pájaros, campanas; los hombres comenzaron a reír. Reían con la boca, reían con los ojos, con la panza y con las manos batidas al aire...

—*Kahkaha, kehkebe, kihkihi, kohkoho, kuhkubu.*

Aun las estrellas de cielos milenarios reían con su titilar.

El tirano, que no se daba por vencido, gritaba desde su pedestal:

—¡Las mujeres no pueden reír! ¡Su risa está proscrita!

Pero todos seguían riendo con cada respiración, ya sin poder escuchar tan necia voz. Reían hasta llorar y rieron de todo y, por supuesto, de sí mismos. Reían también por escrito y en todos los idiomas.

—*Hahahaha, hehehehe, hihihihhi, hobohoho, huhuhuhu!...*

—*Jajajajaja, jejejejeje, jijijijiji, jojojohojo, jujujujuju!*

Cuando el ataque colectivo de risa fue cesando, el eco de los hechos les siguió haciendo cosquillas por un buen tiempo. Todos terminaron con una felicidad inédita, ingravida. La risa es rebelión, descubrieron.

Sobra decir que el tirano fue derrocado. Nadie quería que repitiera, por si acaso, su pésimo mal chiste.



En julio de 2014, el Viceprimer Ministro de Turquía, Bülent Arınç, prohibió la carcajada de las mujeres en público. “Las mujeres no tienen que reírse en público porque tienen que ser castas”, declaró Arınç.

Como respuesta inmediata, las mujeres turcas no solo rieron sino que se carcajearon aprovechando las redes sociales y los medios de comunicación. En Twitter hubo más de trescientos mil mensajes con el término “*kahkaha*”, la palabra turca para “risa”; así como los *hashtags* *#direnkahkaha*, “la risa de la resistencia” y *#direnkadin*, “mujeres que resisten”.





Los muertos de ellas



Érase una mujer que tenía un corazón de paloma.

La mujer que érase una vez había nacido en una tierra vestida con traje verde a orillas de un gran río, el río Magdalena. En las noches de su niñez, el río era un lugar en el que aún se podía escuchar el maternal canto de los manatíes. Pero un mal día, el canto se volvió silencio y tras el silencio llegaron las balas.

—Mamá, ¿será que hay una fiesta? ¿Es pólvora o son balas? —preguntaba.

—Calla y duerme, mi vida —contestaba la madre.

Con el tiempo, mil guerras sucesivas pasaron por la puerta de la mujer que érase una vez. Tantas fueron que la mujer perdió la cuenta. Luego perdió la razón cuando una de estas le arrancó, como un huracán, a su marido.

—Dicen que han encontrado un muerto que bajaba por el río, comadrita —le dijo la vecina que tocó a su puerta—. Lo tienen en la plaza. ¿No será su marido?

En la plaza encontraron a una muchedumbre alrededor del muerto. La mujer que érase una vez se llenó de valentía e indagó con sus ojos el cuerpo inerte, pero no

encontró jirón de piel, pelo o camisa conocida. Definitivamente no era él...

Un militar se dirigió a la muchedumbre:

—¿Este muerto es de alguien?

Solo respondió el silencio.

—Cabo, llévelo a la fosa común, que este no es de nadie —ordenó el militar.

—Ese muerto es mío — dijo muy quedito la mujer que érase una vez...

—¿Cómo dice, señora? —preguntó el militar.

—Ese muerto es mío —dijo en voz alta la mujer y lo repitió hasta que la voz le salió en grito.

—Si es suyo... ¿cómo se llama?

—Preguntó el militar incrédulo.

—Esteban. Así se llama —a la mujer se unió la vecina.

—Sí, es Esteban, él era pescador, todos comimos de su mano.

—Entonces si es suyo, ¡entiérrenlo!

—dijo el militar. Así hicieron las mujeres junto con otras que se les unieron.

Y sin importar bando, procedencia o pasado, le lavaron, le vistieron, le nombraron; le parieron de nuevo, le bautizaron e inventaron una historia feliz y una muerte noble, con nombre y epitafio.

Cada día, la historia comenzaba de nuevo...



—¿Este muerto es de alguien?

Pero en lugar del silencio, contestaban más voces de mujeres que reclamaban el muerto como si fuera de ellas...

—Moisés... este es Moisés, es nuestro... sembraba los mejores plátanos...

Finalmente, los militares ya no preguntaban cuando sacaban del río a los muertos, simplemente los dejaban en la plaza en donde las mujeres les recogían, les lavaban, les vestían; les nombraban, les parían de nuevo, les bautizaban y para ellos inventaban una historia feliz y una muerte noble, con nombre y epitafio.

Las mujeres cada semana prenden velas en el cementerio. No les lloran. Les cantan nanas de agua dulce.



Colombia ha sido escenario en los últimos sesenta años de uno de los conflictos armados más cruentos de la historia reciente. Fuentes oficiales aceptan nueve millones de víctimas por la guerra interna; cifra que es, sin duda, solo un pálido reflejo del terror que han vivido los colombianos.

Sin embargo, así como ha sido escenario de dolor, Colombia ha dado a luz las más conmovedoras historias de esperanza, fortaleza y sublime humanidad.

Puerto Berrío, Antioquia, ha sido testigo de cómo muchos de sus habitantes “hacen suyos” los muertos que trae el río. Allí los cadáveres no identificados son lavados, recogidos, sepultados y rebautizados.





¿Te gustó esta muestra?

